

# REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

*Tip. de Dublán.*



MÁSCARA DE SÁTIRO. —MIGUEL ANGEL.—FLORENCIA.

## DISCURSO PRONUNCIADO

EN EL

## FESTIVAL ARTISTICO QUE ORGANIZO LA "REVISTA MODERNA,"

EN HOMENAJE AL DUQUE JOB, LA NOCHE DEL 3 DE FEBRERO DE 1901.

El venerable que en el refectorio de *Santa Maria delle Grazie* pintó el fresco evangélico del *Cenáculo*, Leonardo el sabio, decía: «Ay del discípulo que no supera á su maestro!»

El degenerado sublime que vagaba en Sorrento cantando la epopeya de los cruzados, Torcuato Tasso, exclamó en uno de sus días de fiebre y de videncia: «Sólo son creadores Dios y el Poeta!»

## SEÑORAS Y SEÑORES:

Es Manuel Gutiérrez Nájera un hombre de una belleza moral extraordinaria: belleza que calienta y alumbrá intensamente su rica obra de arte literario, como un sol sin tramonto irradiando sobre una flora sin invierno, y que hizo del versificador elegante un poeta, un poeta santo y puro, que al recoger en la metáfora las verdades esenciales de la vida, apagó odios, encendió esperanzas, elaboró piedades y difundió perdones, constelando sus versos con las almas de luz de las vírgenes cristianas, y rematando las alturas de su lírica con una Estrofa de divino amor, que como el ángel de oro que abre las alas en la punta del campanile de San Marco, parece volar hacia el cielo venturoso!

Poeta santo y puro, sí. No entiendo la poesía sin el alma, no comprendo el arte sin el amor. Bajando á las profundidades donde se generan las pavuras que luego serán heroísmos, las blasfemias que luego serán oraciones, los gritos que luego serán músicas, los despojos que luego serán justicias, los dolores que luego serán religiones, los odios que luego serán fraternidades, los crímenes que luego serán virtudes, las muertes que luego serán vidas; penetrando con Shakespeare, con Dante, con Spencer, con Tolstoi, á la caverna del Instinto repleta de larvas pavorosas, y ascendiendo con ellos, de etapa en etapa, de metamorfosis en metamorfosis, de tipo en tipo, hasta la verdad que esplende, hasta la virtud que lustra, hasta la belleza que canta, se comprende la unidad del esfuerzo que á través del infinito martirio y de la eterna gloria le hace crecer el Alma á la humanidad, que á semejanza del grupo simbólico de Augusto Rodin, empieza siendo el sátiro que arrastra en el fangal su pezuña inmundada, continúa siendo el hombre que abraza sus piedades á la cruz, y termina siendo el dios que clava en la visión luminosa de las redenciones sus ojos adorantes!

Amor! es la palabra que recogemos de todas las filosofías que se suicidan, de todas las civilizacio-

nes que se derrumban; amor es la leche que nos da el seno de la madre, la miel que nos escancia la boca de la amada; amor es la ciencia; amor es la naturaleza; amor es la poesía; amor es á veces el odio mismo, porque hay odios benditos; amor es casi siempre el dolor, porque hay dolores envidiables; amor eres tú, Laoconte trágico, y tú, tranquilo Apoximeno; amor es Satán que se rebela; amor es Dios que perdona!

La obra literaria de Manuel Gutiérrez Nájera es una obra de fraternidad: contagia, liga, funde. No conozco una sola línea suya que nos deje fríos. Nos toma el corazón, y nos hace pasar de la sonrisa á la lágrima, removiendo nuestras memorias y agitando nuestras aspiraciones; como un hermano, posa su caricia sobre nuestras tristezas, deja su lágrima en nuestras urnas, dobla la rodilla ante nuestra fe; como un amigo, nos brinda en el festival la copa de oro de Ganimedes donde han bebido las diosas de ojos olímpicos y los aedas de cantos pindáricos; de los marcos lujosos de su prosa nos miran dulcemente las madonas rafaelescas, divinas de belleza y humanas de pasión; de su verso polifono brota el cortejo de las Harmonías,—las de ojos castos como la fascinación de una quimera, con frescos tintes de nardo en la mejilla, que echan á jugar en campo de flores el tropel de las borbollantes risas; las que unguadas de perfumes para no dar náuseas, con el pecado que las muerde en los flancos, vierten vino á todos los apetitos y besos á todas las lascivias; las que rápidas, sangrientas, minervinas, cabelleras al aire como flámulas, rotas las espadas, desgarradas las clámides, atraviesan el tablado de la Tragedia humana, clamorosas como la cólera de Aquileo recorriendo con su sonante sandalia el campo épico de Ilión, al compás de los venerables hexámetros homéricos! . . . .

Sufrió lo bastante para poder consolar con su palabra piadosa é irónica, musicando toda su juventud en perfectos ritmos, ecos del sagrado metro universal que puso vaivenes azules en el mar, pausas sinfónicas en el cielo y adoraciones líricas en el alma.—Es Gutiérrez Nájera un Anakreonte cristiano que bañó con mirras de Marta de Galilea la cabellera voluptuosa de la Musa griega.—Como el divino Alfredo, en sus noches de Diciembre veía junto á él un pálido enlutado que «se le asemejaba como un hermano,» y su estancia se cubría entonces de melancolias dolientes coronadas de estrellas místicas; pero cuando la naturaleza en primavera lo despertaba con los almos coros de las selvas y con los destellos extáticos de los horizontes, su ver-

so se volcaba de los búcaros de Flora sobre los tálamos del amor!—Era un convidado del Dolor: se le veía oficiando bajo las bóvedas de las cartujas, en meditación ante las sepulturas yacentes. Sollozaba en elegías virginales sus tristezas y sus desilusiones, pero sin maldecir la lucha cruel, sin temores, sin angustias, resignado frente al problema incognoscible, viendo á la muerte como una buena hermana de la vida, tierna, inefable, consoladora, con su regazo suavísimo de sueño y de olvido . . . . .

—También era un invitado, y asiduo, de la Locura. A esto debió ser siempre joven, pues como dice Erasmo de Rotterdam, «es en vano que los estúpidos mortales demanden juventud á Medea; á Circe ó á Venus; sólo la jovial locura puede conceder tan envidiable beneficio.» En la brillante mesa del palacio imperial de la graciosa reina, al lado de trovadores, de sabios, de moralistas, de metafísicos y de clérigos, bebía el *satyrion*, brebaje que confecciona Afrodita, la blanca diosa de pulidas manos, con los jugos secretos de las secretas rosas del placer; y ese zumo de corolas femeninas que desliga la elocuente alabanza y que hace chispear los deseos traviosos, desborda, nectárico, de la *Oda breve*, con que el poeta adorante consagró su vida á la inmortal belleza de la forma, sacándola pura y casta de los taperujos de la hipocresía, como surge de los ropajes del mármol de Milo el desnudo y altivo busto de inviolados senos, con la gloria irradiante de una hostia sobre los altares del arte!

Piadoso é irónico, Gutiérrez Nájera es un educador de nuestro corazón. Vive en el amor de la juventud que preserva de todo polvo ingrato su espíritu armonioso. Su poesía levanta, conforta, ennoblece, salpica ideales. Si os abrumba el desencanto, si os grita la venganza, si os envuelve el tedio con sus neblinas frías, si la vulgaridad del profano os desespera y la envidia del impotente os ensucia, leed al Duque Job, no importa qué, versos que ríen, versos que besen, versos que lloren, y se restablecerá el equilibrio de vuestros espíritus en la suprema conjunción del amor y de la vida.—Cuando lo pongamos en contacto con el pueblo, no *democratizando* sino *humanizando* su arte incomparable, por medio de lecturas públicas que siembren los gérmenes de la poesía en el alma nacional; cuando hagamos esto con todos nuestros poetas, creedme, se conseguirá más que enjutando, secando, anemiando en las escuelas los indefensos espíritus de los niños. El gran maestro es el cantor, es decir, el poeta. Martín Lutero escribió á Senfels el 14 de Octubre de 1530 que «no es un buen maestro el que no sabe *cantar*.» Dándole á esta frase toda su amplitud artística, es una verdad innegable. En ese sentido, el Duque Job es un maestro. El ritmo es la obra más alta del amor, y sin el amor no arraiga la enseñanza. El poeta es el supremo educador, porque es el supremo sugestionador. Preguntando Panoenos á Fidias qué forma iba á dar á la estatua de Júpiter, el escultor recitaba este fragmento de la Rapsodia: «El hijo de Saturno, frunciendo las negras cejas, hizo una señal de promesa; luego, la cabellera divina se agitó sobre la cabeza inmóvil del Rey, y el Olimpo se bamboleó estremecido.» Así fué la estatua, augusta y terrible.—La ciencia es lenta

porque es analítica; el arte es rápido porque es sintético. Hoy el psiquiatra estudia á Shakespeare, el criminologista estudia á Dostoïevsky. La verdad es belleza, la belleza es verdad. La ciencia y la poesía se juntan en una sola acción, tienden á un sólo ideal: la elaboración lenta, dolorosa, trágica, del amor. Crear amor, crear fraternidad: he aquí el objeto y el fin de todo el esfuerzo humano.

Y si Gutiérrez Nájera superó á sus maestros, fué porque con sentimiento más depurado y con forma más simple, pudo crear mucha simpatía, mucho bien, mucha belleza, aumentando el caudal moral de su pueblo. En la sátira, en la crónica, en el poema, en el cuento, en la charla, fué dulce y apasionado, ligero y fuerte, humano siempre, creyendo que su misión de cantar alegrías y tristezas era una misión religiosa que debía cumplir aun á costa de su sangre y de su vida. Dispersarse, difundirse, alimentar con su propia alma á los otros, perfumar, iluminar, rimar . . . . , eso hizo.—Claro es que los empresarios de hecatombes de puercos para hacer jamón y los empresarios de hecatombes de gente para hacer gloria, tienen por el arte musical un desprecio tan grande como sus fortunas bancarias ó como sus pompas reales. Mejor. En cambio, los selectos admiran y las muchedumbres sienten; las raíces de todo arte están en el alma colectiva que nutre con su savia prolífica de pasión y de fe los brotes florales del verso paradisiaco. Sabemos que el valor moral de un poema es incalculable; sabemos que el manto que cuelga de los hombros de la humanidad está tejido con imperiales metáforas; sabemos que los inmortales bajan siempre de la montaña de cristal para conversar con Platón y con Sófocles, á la sombra de los laureles áticos; sabemos que la poesía preside los grandes desastres renovadores que empapan de sangre y de gloria las crónicas formidables de nuestro mundo; sabemos, en suma, que dijo bien el Tasso cuando dijo que sólo son capaces de crear Dios y el Poeta!

#### SEÑORES:

El arte de Manuel Gutiérrez Nájera,—ese hombre de extraordinaria belleza moral—no alcanzó la sonoridad monocorde y profética de los bardos revolucionarios que sobre la tormenta lanzan las cláusulas ardientes del oráculo; su obra no chocó con ninguna iniquidad, no se precipitó al combate y á la batalla; sus versos no tuvieron aletazos de águilas bravas; el casco formidable de Ajax indómito no aparece entre la polvareda de los hoplitas y de los carros. . . . Pero vosotros, los que herederos de su sentimiento y de su forma, tenéis el deber de superarlo; vosotros que recibís en las conciencias el aliento de mil legiones que comienzan á demandar revindicación; vosotros elaboraréis más amor, crearéis más fraternidad, sintiendo que la «voz de todo lo que duerme,» el *non omnis moriar*, verbo de los muertos ilustres, os empuja, con la irresistible fuerza que tiene el espíritu inmortal, hacia el sacrificio fascinante. Iréis, coronados de bendiciones, entonando la palabra de Zola:

«Vamos á la humanidad, á la verdad, á la justicia!»

Febrero 3-1901.

JESÚS URUETA.



## NON OMNIS MORIAR.

---

¡No moriré del todo, amiga mía!  
De mi ondulante espíritu disperso  
Algo, en la urna diáfana del verso,  
Piadosa guardará la Poesía.

---

No moriré del todo! Cuando herido  
Caiga á los golpes del dolor humano,  
Ligera tú, del campo entenebrido  
Levantarás al moribundo hermano.

---

Tal vez entonces por la boca inerme  
Que muda aspire la infinita calma,  
Oigas la voz de todo lo que duerme  
Con los ojos abiertos en mi alma!

---

Hondos recuerdos de fugaces días,  
Ternezas tristes que suspiran solas;  
Pálidas, enfermizas alegrías  
Sollozando al compás de las violas....

---

Todo lo que medroso oculta el hombre  
Se escapará, vibrante, del poeta,  
En áureo ritmo de oración secreta  
Que invoque en cada cláusula tu nombre

---

Y acaso adviertas que de modo extraño  
Suenan mis versos en tu oído atento,  
Y en el cristal, que con mi soplo empañó,  
Mires aparecer mi pensamiento.

---

Al ver entonces lo que yo soñaba,  
Dirás de mi errabunda poesía:  
—Era triste, vulgar lo que cantaba....  
¡Mas, qué canción tan bella la que oía!

---

Y porque alzo en tu recuerdo notas  
Del coro universal, vivido y almo;  
Y porque brillan lágrimas ignotas  
En el amargo cáliz de mi salmo;

---

Porque existe la Santa Poesía  
Y en ella irradas tú, mientras disperso  
Atomo de mi sér esconda el verso,  
No moriré del todo, amiga mía!

1893.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.



LA REVISTA MODERNA INVITA Á UD. AL FESTIVAL  
ARTÍSTICO QUE HA ORGANIZADO EN HOMENAJE AL DUQUE JOB.

FEBRERO 3 DE 1895

A LAS 8 P.M.

FEBRERO 3 DE 1901

### EL FESTIVAL DE "REVISTA MODERNA."

Una Noche de Domingo! Los teatros, los circos, las salas de espectáculos abrían sus puertas sugestionando la imaginación de ese *gros public* que llora cronológicamente y se solaza con el reloj en la mano. Aquí en el céntrico coliseo una multitud que mira sin asco la parodia de las pasiones humanas y el simulacro erótico de un galán sietemesino y los remilgos de una traviata impúber que hace el *port d'arme* y sabe *se fendre* como una otoñal hetaira allá bajo las frondas pecadoras que aclaran las incandescentes aspas del *Moulin Rouge*. . . . Por otro lado Barnum y sus fieras y su *troupe* japonesa y el clown perenne y la eterna *ecuyère*. . . . La oronda burguesía se solazaba aquella noche de Domingo!

Mientras, en un salón que es un *lararium* para los ritos del Arte y un Buen Retiro para los devotos de la estética, una ideal y plañidera campana sonaba un hondo doble sobre el féretro de un príncipe de las letras, en la cripta sonora donde ya glorificado descansa de su congojosa y trágica vida terrestre, ese prócer del Arte que se llamó el Duque Job!

En medio del soez tumulto dominguero que lleno de ríspidas notas resbalaba sobre el asfalto de calles y avenidas, un piadoso cortejo se dirigía a la Sala Wagner, a ese santuario donde tantas veces ha oficiado la Belleza y entre cuyas escocias pintadas por el decorador Gallotti parecen aún latir las armonías del majestuoso Beethoven, de Wagner y de sus gigantomaquias musicales.

Entre el dominical tumulto, aquel cortejo, aquella concurrencia *d'élite* había escuchado el doble de

la ideal campana silenciosa que los congregaba en torno de la memoria del ilustre poeta muerto. Quizás, días antes, un dibujo de Ruelas, mostrando al trovador derrumbado sobre el mortuorio lecho, con el laúd hecho astillas a sus pies, había predispuesto los corazones fieles a la solemne piedad de aquella conmemoración única.

Única, decimos después que unánime la prensa diaria ha juzgado la significativa singularidad del festival en que la «Revista Moderna» glorificó el numen y consagró la ilustre jerarquía literaria del inmortal Gutiérrez Nájera. El poeta celebrado por los poetas; el precursor glorificado por los espíritus que devotamente siguen sus huellas sangrientas por el camino áspero del Arte, encumbrado como las pendientes de un Excelsior, trágico y amargo como el vía crucis de un Calvario!

Tenemos el orgullo legítimo de asegurar que el festival artístico organizado por la «Revista Moderna» en honor del Duque Job, no tiene precedentes entre nosotros, y agregamos que nunca tampoco una ceremonia de esa índole ha tenido un carácter más armonioso y una más rítmica unidad.

Los poetas que cantaron al Duque—á un lado el mérito intrínseco de sus obras que otros juzgarán—hicieron que sus rimas resbalaran con la espontaneidad de un llanto y exhalaban sus trenos como hubieran exhalado los suspiros de su hondo *pésame*.

El aplauso atronador y unánime que rimó una por una las cláusulas de la alocución de Urueta sig-

nificó el amor y el entusiasmo con que el alma de todos los auditores se unía á aquella apología formulada tan felizmente.

Y aquellas damas, aquellas mujeres hermosas que lloraban ó sonreían cuando Urbina leyó la soberbia prosa del llorado maestro: «Otelo—Yago—Desdémona? . . . .» ó que perdían su mirada soñadora y húmeda en las blancas nébulas del tul que Chuchó Contreras prendió á través de su elegante, sobria y simbólica decoración?

Los músicos tal vez, ataron al mármol de la amada memoria el crespón más sombrío! Con alaridos de voz humana, con los gritos de una Niobe inconsolable sollozó el violoncello de Espinosa, y Godard magistralmente elevó las puras notas de su voz en la desoladora, en la desesperante Elegía de Massenet. Muirón fué un maestro en el piano, García Sagredo jució sus dotes y su noble escuela, y Martínez dijo

una Romanza de amor que deshizo en el ambiente recogido de la sala, el alma sensual y galante, el alma erótica y delicada del poeta llorado

Todos los dobles de la ideal campana silenciosa que congregó á los dolientes, resonó, como bajo una bóveda sonora, en la piedad de aquellos corazones, y todos los versos, todas las sonoras cláusulas, todas las dolientes melodías que en aquel festival brotaron, tuvieron un eco en aquellas almas perfumadas con un hálito de Ideal, y vibrantes y tensas bajo el áureo plectro del Arte.

La «Revista Moderna» se enorgullece porque, al llorar al gran Poeta, pudo agrupar junto al suyo el dolor de tantas almas nobles y porque ha sabido que el clarín de oro del Ideal puede vibrar despertando ecos y sembrando armonías en el silencio de las almas!

## AL DUQUE JOB.

In memoriam.

A mí la Musa torva, silenciosa y hermética,  
La de ojeras moradas como flores de hiedra . . . .  
La de peplo tejido con ensueños y brumas  
Cuya frente es el ampo de una pálida lunar

La que implora los astros de la bóveda umbría  
Con los ojos en blanco de una virgo tristísima  
Cuyas manos sostienen de su seno las urnas  
Cual temiendo que en ellos se desborde la angustia!

A mí las agobiadas rimas de mármol negro  
Dolorosas cariátides de un grave Mausoleo,  
Esas que en el silencio dejan caer su lloro  
Llenando los profundos vasos lacrimatorios!!

Que la Elegía el coro de sus versos prosterne!  
Que suba á las alturas el ronco Miserere!  
Que la musa desgarré su pectoral de seda!  
Que la ceniza empolve sus lujuriosas trenzas!  
Que exhale cual un trágico ritornelo el sollozo  
Con que la joven viuda llora al gentil esposo  
Y luego, en el crepúsculo, cuando la tarde muere,  
Tras de encender los cirios en la capilla ardiente,  
Mientras las hojas secas bajo sus pies rumorán  
Se aleje, deshaciendo sus ayes en la sombra  
Como un cortejo lento, como una marcha fúnebre  
Por una interminable calzada de saúces!!!

Silencio! Ya en la Pena sangrienta, los sollozos  
Se anudan cual crespónes sobre un corazón rojo!  
Y al pésame se abren los brazos de la cruz . . . .  
Mi duelo es una triste Venecia en Viernes Santo  
Silencio! ya en sus aguas nocturnas van remando  
Las góndo'as que siguen el funeral del Dux!

De los canales torvos en la obsidiana fría  
Riela una mascarada la loca fantasía;  
Pierrot tiende furtivo su máscara de harina  
Junto á la faz de rosa que asoma Columbina  
Y en un rincón de sombras se esconde Pulcinela

Cuando sobre aquel vano rumor de cascabeles  
Pasa angustiosa y triste la negra carabela,  
La fúnebre trirreme cargada de laureles!

Apenas si en los altos balcones palatinos  
Sus rostros enigmáticos asoman las tristezas  
Y entre el florón que elevan sus dedos marfilinos  
De hiedras coronadas, inclinan las cabezas.

Contemplan el doliente cortejo del magnate!  
Escuchan cómo gimen los negros violonchelos,  
Pero ni el llanto anubla, ni la tristeza abate  
Sus ojos soñadores clavados en los cielos!

La luz del plenilunio sus cabelleras dora . . .  
Una barca de amores se detiene por verlas,  
Y los remos se olvidan sobre el agua sonora  
Que al sentirlos arroja borbotones de perlas!

El Ayer aún murmura su gentil serenata!  
Y del mudo palacio sobre la escalinata,  
Con sus cien mandolinas llega hoy como Antes  
A llamar al postigo de la reja de plata  
El tropel almizclado de las Fiestas galantes!

No han plegado su rojo parasol los bufones!  
Las Infantas que sueñan en los altos balcones  
Sobre el mármol dejaron las ligeras escalas  
Y aún parece que suben las amantes canciones  
Elevando sus labios y extendiendo sus alas!

Es que el bardo no ha muerto! Sobre Muerte y Olvido  
Desatando tu numen ¡oh inmortal Duque Job!  
Nuestras almas oscuras y tu gloria has unido  
Con la escala de luces que soñara Jacob!

El Poeta sediento de fulgores de aurora,  
El ilustre guerrero, la beldad soñadora  
Por tí queman la mirra de sus votos adversos  
Y hasta ellos descienden por la escala sonora  
Entre arpegios y flores deshojadas, tus versos!

Si la virgen amante que el Dolor importuna  
Se arrebuja en su tedio que es un fúnebre tul,  
Son tus rimas consuelo de su amor sin fortuna  
Y desciende tu numen en las noches de luna  
A besar á la virgen como un Príncipe Azul!

Tú no has muerto! tú vives! en la liza te veo  
Levantando en la diestra vencedora el trofeo  
Mientras suena tus triunfos el sonoro clarín  
Aún fulgura tu casco bajo el Sol del torneo  
Y se alarga tu sombra de triunfal paladín!



Ah! por eso mi Duelo, la Venecia sin luz—  
 Se estremece vibrando como un solo laúd....  
 Y al pasar esa góndola que es tu negro ataúd  
 Creo mirar el cortejo de las nupcias del Dux  
 Desposado suntuoso del Adriático azul!

.....  
 .....  
 Ha pasado el Cortejo y en los hondos canales  
 Las góndolas se alejan; se van los Carnavales;....  
 Perdiéndose en la sombra solloza un violonchelo..  
 Dejaron las Infantas sus altos barandales,  
 Sólo quedó la luna, sonámbula en el cielo....!

.....  
 Desfila ya el cortejo de bardos y hermosuras,  
 Nosotros conmovimos los trágicos bordones,  
 Ellas te dan sus senos—marmóreas sepulturas—  
 Oh Príncipe! ya mueren los últimos blandones,  
 ¡Descansa sobre el blanco plumón de sus ternuras!  
 Descansa en lo más hondo de nuestros corazones!

Febrero 3 de 1901.

JOSÉ JUAN TABLADA.

---

## POESIA

LEIDA

### EN HOMENAJE A MANUEL GUTIERREZ NAJERA.

---

Llégame tembloroso á la capilla  
 Llena del ritmo gárrulo del Estro,  
 Llena de majestad grave y sencilla,  
 Y al postrar en el polvo la rodilla,  
 Me inunda la memoria del Maestro.

Lo miro entretejiendo una guirnalda  
 Con su oda griega y con su estilo jonio,  
 Y en su sien reverdece la esmeralda  
 De un lauro fresco, y cuelga de su espalda  
 La lira decadente de Petronio.

Miro al bardo en la fiesta de la vida  
 Deslizar sobre mirtos su sandalia,  
 Y con la ilustre toga desceñida,  
 Apurar en su crátera esculpida  
 El alegre licor de la faunalia.

Lo miro en la brumosa lejanía  
 Revivir el espíritu de Grecia,  
 Y derramar su frágil Poesía  
 Desbordante de clásica ambrosía  
 Y de opalino ajeno de Lutecia.

En la nave suntuosa y esplendente  
 Brilla el oro en la cinta de los frisos,  
 Arde el óleo en recuerdo del Ausente,  
 Y solloza la Musa adolescente  
 Coronada de fúnebres narcisos.

Viene á ver al Maestro en el pináculo,  
Venimos sus apóstoles en tropa  
A repetir las frases de su oráculo,  
Y á rodear la mesa del Cenáculo  
Para beber del vino de su copa.

Sócrates y Jesús: su verso incita  
A ceñirse la frente de verbena  
Y besar los contornos de Afrodita,  
Y con su mano blanca y exquisita  
Juega con el toisón de Magdalena.

Su estilo vencedor pide tributo  
Al molde galo y al decir latino;  
Canta á Marte cruel y á Pan hirsuto,  
Y demanda al cincel de Benvenuto  
Un cáliz para el oro de su vino.

En la alameda eglógica y sombría,  
Donde mora el artista, hay limpios cauces  
De estrofas y susurros de armonía,  
Y tiende sus cabellos la Elegía,  
Largos como las ramas de los sauces.

Un cortejo de ninfas soñadoras  
Abate con sus hoces la gavilla  
De las rimas esbeltas y sonoras,  
O sumerge en las cláusulas canoras  
Sus elegantes ánforas de arcilla.

Y en tanto que en el íntimo oratorio  
Venimos á dejar nuestro tributo  
De llanto en el sutil lacrimatorio,  
Y besamos el tûmulo mortuorio  
Que vigila una náyade de luto;

En tanto que nosotros los creyentes  
Del Poeta, cedemos al quebranto,  
Y graves, pensativos y fervientes  
Encendemos estrofas refulgentes  
Ante el glorioso altar de nuestro Santo;

Mientras aquí volcamos nuestra pena,  
Oigo afuera el clamor de los gentiles  
Como un ruido discorde de colmena,  
Y oigo que nos censura y nos condena  
La tropa de los Bárbaros hostiles.

Afuera los desdenes del pagano,  
Y aquí el amor, y el culto, y un anhelo  
Sin límite hacia el Arte soberano,  
Y un corazón que espera, y una mano  
Que sostiene una rama de asfodelo.

3 de Febrero-1901.

EFREN REBOLLEDO.

## ENRIQUE SIENKIEWICZ.

(DE «REVUE UNIVERSELLE.»)

Estanislao Rzewuski, en un rápido estudio sobre la literatura polonesa contemporánea, decía hace más de tres años: «El día que se traduzca «*Por el fuego y por la espada*» ó «*Quo Vadis*,» el público francés, por lo menos aquel que tiene una opinión que vale, aclamará á Sienkiewicz y dará á su genio y á su triunfo esa consagración parisiense que desean desde el fondo del alma, hasta aquellos que parecen desdeñarla.» Esa predicción se ha realizado más allá de lo que Rzewuski esperaba.

Desde que apareció *Quo Vadis*, el público francés ha festejado á Sienkiewicz, y no sólo el público de letrados, sino todo el público, como lo atestiguan las numerosas ediciones, siempre en aumento, de esa hermosa novela. Durante todo el verano no se ha hablado más que de la conmovedora historia de Ligia y de Vinicio, de la ironía exquisita de Petronio, de las matanzas neronianas y de las predicaciones del apóstol Pedro. Como en la época en que La Fontaine descubrió á Baruch, las gentes no tenían en los labios más palabras que éstas:

—¿Ya leyó Ud. *Quo Vadis*?

Este triunfo coincide con el jubileo que los polacos organizaron en honor de Sienkiewicz; y no fué simple ceremonia con discursos, ditirambos, orfeones y flores, la celebrada el 22 de Diciembre de 1900.

Los admiradores del novelista le ofrecieron un castillo que se llamará Krzemien, amueblado y provisto desde la bodega hasta la despensa; y hay ahí seguramente, más de una barrica del famoso hidromel polaco que desempeña tan importante papel en *Por el hierro y por el fuego*.

Las paredes de ese castillo están decoradas con frescos que representan las principales escenas de las obras de Sienkiewicz. Tal idea puede parecer extraña en París. «Si se formase un comité, dice Claretie, para ofrecer una propiedad á cualquier escritor célebre, ya veríais á los camaradas declarar ridícula tal proposición. El pobre hombre se vería obligado á rehusar semejante generosidad, so pena de ser pasto de periodiquillos y de revistas.» Sin embargo, si se tratase de recompensar á la polaca y de esta real manera á un autor que á ello se hiciese acreedor, ¿es creíble que debiera tomarse en cuenta el temor á los gacetilleros? Bastaría dar el ejemplo y los castillos de nuestros sabios y de nuestros literatos, no serían castillos.... en el aire.

Enrique Sienkiewicz nació el 4 de Mayo de 1846 en Wola Okrzejska, en el gobierno de Radam, antiguo reino de Polonia. Su abuelo, José Sienkiewicz, fué teniente coronel de artillería y combatió por la Francia en las filas de las famosas legiones del Vístula.

El futuro novelista debutó en las letras en 1869 con artículos de crítica; al año siguiente publicó su primera novela: *En vano*, que después retiró de la edición de sus obras completas y que con gran disgusto del autor, acaba de ser traducida al francés. Es una historia contemporánea, los personajes son estudiantes de la Universidad de Kiew y la acción bastante bien llevada, es íntima. El amor con sus luchas y sus decepciones, he ahí el asunto de ese libro; Schwartz el héroe, consiente por deber en casarse con una viuda joven amando á otra mujer, la condesa María. Cuando la viuda, la Sra. Potkanska, sabe el sacrificio de Schwartz, se ahoga semidesesperada y semiloca. Schwartz vuelve entonces en sí y renuncia á la seductora María.

«Ves querido, le dice su amigo Augustinowicz, gastamos demasiado nuestras fuerzas en nuestra caza al amor. Y el amor vuela como un pajarillo y nuestras fuerzas resultan gastadas... *en vano*...»

Así se explica el título de este libro que termina con tan brusco desenlace. Entre otros ensayos juveniles, pueden citarse: «Nadie es profeta en su tierra,» (1872) refrán al que los triunfos de Sienkiewicz debían dar más tarde un mentís formal; «Las dos vías» (1873) y tres narraciones encantadoras: «El viejo criado,» «Hania» y «Selim Mirza.» Estos libros firmados con el seudónimo de Litwos no tuvieron gran éxito; se les ha leído y releído más tarde, cuando Sienkiewicz llegó á ser célebre y se encontraron en ellos promesas de verdadero talento, sobre todo en «Carbones,» donde se destaca una figura, la mujer de Rzepa, campesina burda, pero sublime de sacrificio y de abnegación.

Los viajes forman la juventud... y los novelistas. ¿Cuánto no debemos á las exploraciones literarias de Chateaubriand, de Stendhal, de Flaubert, de Gautier y de Loti? De 1876 á 1878, Sienkiewicz recorrió la Alemania, la Francia, la Inglaterra, cruzó el Océano, visitó la América del Norte, recogiendo en el nuevo mundo impresiones frescas y como una paleta, que le permitiría después dejar á un lado sus modestos bocetos al carbón.

Publicó entonces sus «Cartas de viaje» y varias novelas cortas, que han sido traducidas al francés y á otras lenguas europeas y que son muy conocidas de los lectores franceses, que buscan ávidamente todo cuanto sale de la pluma del autor de *Quo Vadis*. Bien conocida es la sencilla y patética historia *Yanko el músico*, historia que tiene todo el encanto de un cuento de Daudet ó de una página de Dickens; el *Diario de un profesor de Posen*, narración en la que el héroe es un niño desgraciado y por último dos cuentos que tienen la América

por cuadro: *A través de las estepas* y *El guardián del faro de Aspinwall*.

En *El guardián del faro*, se encuentra bien caracterizado el talento de Sienkiewicz; ahí se hallan la emoción, la poesía que animan todos sus libros y sobre todo un patriotismo, que no por estar contenido deja de ser menos ardiente, pues el novelista es un verdadero autor nacional, el representante de ese pueblo polaco cuya real vida política se ha extinguido; pero cuya alma existe aún en las obras literarias y artísticas. . . . así como esos campeones que se pasan de mano en mano y á través de los siglos el fuego sagrado. . . .

Citemos aún *Orso* y *Bartek el vencedor*, este último, episodio de la guerra de 1870, en donde se ve á un campesino polaco del ducado de Posen (incorporado á su pesar en el ejército alemán) y á quien al regreso, por premio á sus altos hechos de armas, los prusianos fanáticos, embriagados con su victoria, colman de injurias y de malos tratamientos.

En 1884, Sienkiewicz publica *Por el hierro y por el fuego*, que acaba de publicarse en francés. Esta es una obra considerable, una epopeya más bien que una novela, toda una evocación de la Polonia del siglo XVII. También es una lección, un *sursum corda* porque no hay que perder de vista las intenciones de Sienkiewicz, quien como sus mayores, posee, según la frase de Renan, el *arranque impersonal*, ese «estado de alma en el que no se hace, no se dice, ni se escribe lo que se quiere, sino lo que nos dicta un genio exterior colocado cerca de nosotros.»

Podrán descubrirse en esa novela numerosos defectos; es demasiado enmarañada, demasiado larga, facticia en algunas partes; la intriga *obligada* está inhábilmente encajada en el soberbio y exacto relato histórico. Pero no puede negarse que ese libro ofrece cualidades completamente superiores. Al trazar con loable imparcialidad las victorias y las derrotas de los abuelos; el novelista, mejor dicho, el poeta, quiere levantar los corazones. «Hacer servir el pasado, dice perfectamente Garztowt, en instruir y en enseñar á los hombres modernos; en mostrarles situaciones horribles de las cuales, el heroísmo de unos y la constancia de otros, han permitido surgir al triunfo, he ahí uno de los fines de la novela histórica, como la concibe Sienkiewicz. *Por el hierro y por el fuego*, es la primera parte de de una trilogía; las otras dos partes son *El diluvio* (1886) y *Messire Wolodyjowski* (1888); de estas dos últimas obras, anúnciase ya la traducción francesa.

En *El Diluvio* se pintan las guerras de 1655 á 1660 contra los suecos. Es la época de que habla Bossuet en la oración fúnebre de Ana de Gonzague: «Carlos Gustavo apareció ante la Polonia sorprendida y traicionada, como un león que tiene su presa entre las garras, lista para ser despedazada. . . .

¿Dónde están esas almas guerreras y esos martillos de armas tan vanagloriados? . . . . Al mismo tiempo, la Polonia siéntese destrozada por el rebelde cosaco, por el moscovita infiel y más todavía por el tártaro, á quien llama desesperada en su auxilio.»

*Messire Wolodyjowski* es menos épico y lo novelesco ocupa mayor espacio; sin embargo, en esta

narración es donde aparece Juan Lobieki, el futuro libertador de la Europa.

Después de esta trilogía heroica, Sienkiewicz escribió *Sin dogma*, (1890) novela moderna presentada en forma autobiográfica; fué traducida al francés en 1895 por el conde Wodzinski; pero casi no ha sido leída sino después del triunfo de *Quo Vadis*. Es un estudio psicológico, sobre lo que se ha llamado la *improductividad eslava* y sobre el diletantismo. El héroe del libro, León Plozowski edúcase en un colegio de jesuitas en Metz, de donde se escapa para unirse al ejército de Don Carlos; vuelve á ser conducido al colegio; termina sus estudios en la Universidad de Varsovia y va en seguida á establecerse en Roma con su padre.

Va de cuando en cuando á Polonia, donde intenta casarse con una rica heredera; va también á París. . . . «No conozco ciudad alguna, dice Plozowski, donde los gérmenes de ciencia y arte y las más elevadas ideas circulen tan ampliamente en el aire é impregnen más el cerebro humano. La inteligencia no se asimila allí solamente los descubrimientos del espíritu; sino que se despoja de parcialidad y se llena de tolerancia; en una palabra, se *civiliza*. Podría suceder que ese respeto á todas las convicciones de cualquier género, nos condujese á la indiferencia y nos quitase la energía necesaria para la acción. . . . Tanto peor, pues yo no sabría modificar mi naturaleza.»

Y así diserta siempre y sobre todo sin encontrar ninguna solución; parece que camina hacia algún fin. . . . ¿Pero á qué fin? Plozowski no lo sabe. Sin dogma, es decir, sin principios, es el representante de esos neurosados que sufren un nuevo *Weltschmerz*, pero que no tienen la disculpa de un Fausto, de un Manfredo, de un Conrado. Seres inútiles ó maléficos que activan la decadencia de una sociedad y parece inadmisibles que se deslice un mal tan pernicioso en un país como la Polonia, donde la vitalidad es *moral*, donde lo que subsiste de una raza, subsiste solamente gracias á los esfuerzos de la inteligencia y del trabajo. Plozowski se levanta la tapa de los sesos. . . . y esto tampoco es una solución.

Sienkiewicz lo comprendió así y en otra novela titulada *La Familia Polaniecki* (1894), nos ofrece el remedio, que para él consiste en el retorno á la vida activa y á la sencilla religión de tiempos pasados.

El alcance de sus obras, históricas ó modernas, siempre es el mismo. Los polacos encuentran en ellas su credo patriótico; Sienkiewicz les enseña de dónde puede venir la salvación, y á fuerza de talento y de genio ha hecho más por el bien de su desdichado país, que todos los retores que se embriagan con sus propias palabras y dan consejos teóricos ó ilusorios.

En cuanto á los extranjeros que han asegurado á Sienkiewicz una reputación universal, no deberán ver la lección con indiferencia, pues es grande y bastante general para que pueda aprovecharles.

Y Sienkiewicz ha proseguido su hermosa tarea; en 1895 publicó *Quo Vadis*, su obra maestra y la obra maestra de la literatura polonesa. ESA MAGNÍFICA NOVELA DE LA ÉPOCA NERONIANA HA SIDO

TRADUCIDA Á VEINTE LENGUAS y por doquiera ha levantado el entusiasmo de millones de lectores.

*The life in not worth living, I have just finished*, QUO VADIS? exclamó una americana fanática. ¿Para qué vivir? Voy á acabar. . . . *Quo Vadis?*

Sienkiewicz al tratar este asunto antiguo parece abandonar la Polonia; pero no es así. En *Quo Vadis* encontramos todas las aspiraciones del novelista y bajo los nombres latinizados se disimulan apenas figuras simbólicas que representan la nación oprimida que sufre.

Ligia, ¿no es la Polonia, convirtiéndose á la religión de Cristo? Y los martirios de los cristianos, ¿no recuerdan los suplicios que más tarde debían ser infringidos á los polacos, que luchaban por defender su fe y su patria?

Los compatriotas del autor no se han engañado y han colocado más alto que la trilogía, ese fresco grandioso y terrible por donde pasa como un hábito Shakespeariano, y donde los sentimientos que les son queridos están presentados bajo una luz consoladora y poética.

El público cosmopolita, menos asequible á estos arcanos, se dejó llevar por la belleza incomparable del libro, por la narración animada y palpitante y también por el doble interés que el autor ha sabido dar á la decadencia del paganismo y al nacimiento de la religión cristiana, mezclando su relato con escenas variadas y espléndidas.

El argumento de *Quo Vadis* es muy sencillo: Vinicio, joven patricio de Roma, ama á Ligia, hija de Vanio, rey de los Suevios; pero antes que Vinicio y Ligia se reunan, surgen numerosos obstáculos.

Es el momento en que la ciudad eterna va á asistir á las persecuciones del *Imperator*; Ligia, que es cristiana, está presa con millares de neófitos. Vinicio la protege; pero la hermosa princesa es, sin embargo, conducida al circo, donde milagrosamente escapa de la muerte.

Vinicio, tocado á su vez por la gracia divina, se casa con Ligia y el drama termina en un apoteosis, triunfo del cristianismo que va á regenerar el mundo.

Algún tiempo antes de la muerte de Nerón, San Pedro, desalentado, abandona Roma y al amanecer, ve una claridad que se adelanta hacia él. . . .

«Es un hombre que camina entre la irradiación del sol; el apóstol se arrodilla, extiende sus manos hacia él y exclama:

—Cristo! Cristo! . . . *Quo Vadis Domine?* Dónde vas, Señor?

—Puesto que abandonas á mis ovejas, voy á Roma para que me crucifiquen una vez más. . . .

Y desde entonces de las alturas del Vaticano reinará sobre la Ciudad y sobre el mundo la basílica de San Pedro.

Arrancar de *Quo Vadis* una página característica es cosa sencilla; no hay más que la dificultad de elegir. El suplicio de Ligia es entre otras escenas grandiosas, una de las más conmovedoras. Es por la tarde, estamos en el circo; los Augustanos, y entre ellos Vinicio, rodean á Nerón; en las gradas se amontona una multitud compacta.

Sabiase que César había decidido ofrecerse como espectáculo el dolor de Vinicio, pero se ignora-

ba qué nueva tortura estaba reservada para la amada del joven tribuno.

«La puerta, colocada frente al tablado imperial, rechinó sobre sus goznes y del antro obscuro surgió á la arena iluminada, el ligio Ursus (esclavo abnegado de Ligia). Se adelantó hasta el centro y sus miradas circulares buscaban qué le opondrían.

Los Augustanos y la mayor parte de los espectadores, sabían que aquel hombre había ahogado á Croton y se levantó un murmullo de grada en grada. . . . El permanecía inmóvil en el centro de la liza, semejante en su desnudez á coloso de granito, llevando en su fisonomía de bárbaro, una expresión de esperanza y de tristeza. . . . Estaba sin armas y había resuelto morir pacientemente, como fiel del Cordero. Y, como quería elevar aún su oración hacia el Redentor, se arrodilló, juntó las manos y elevó las miradas hacia las estrellas, que palpitaban allá en la abertura del velarium. Esa actitud desagradó á la multitud; estaba cansada de ver expirar carneros; si el gigante rehusaba defenderse, el espectáculo resultaría desagradable; acá y acullá se escucharon silbidos, oyéronse voces que llamaban á los mastigóforos. . . . La espera no duró mucho. . . . En la liza, entre los clamores de los bestiarios, apareció un monstruoso auroch de Germania con una mujer desnuda sobre la cabeza.

—Ligia! Ligia! exclamó Vinicio.

Y ciñéndose las sienes con las manos, se retorció como un hombre que siente en sus entrañas el hierro de una lanza y gritó con voz ronca é inhumana:

—Tengo fe. . . . Cristo. . . . Cristo, yo creo en tí. Cristo. . . un milagro.

Y en la arena pasaba una cosa inaudita; al ver á la princesa en los cuernos del toro salvaje, el ligio cayó oblicuamente sobre la fiera demente. . . . De un salto llegó hasta el auroch y le asió los cuernos. Hasta un poco más arriba de los tobillos, los pies de Ursus estaban hundidos en la arena; su espina habíase doblado como un arco; su cabeza, hundida entre sus espaldas, casi había desaparecido. . . . y el toro inmóvil miraba tan fijamente á su adversario, que los espectadores creían contemplar un grupo de los trabajos de Teseo ó de Hércules. . . . César habíase puesto en pie.

Bruscamente un mugido sordo y gemidor surgió de la liza.

El brazo de hierro del bárbaro hacía virar á la monstruosa fiera y de su enorme hocico pendía babosa lengua. Un instante después, los oídos de los espectadores cercanos á la arena escucharon el ruido sordo de los huesos triturados. . . . después la fiera rodó como una masa inerte. . . . En un momento, el gigante había desligado á la virgen y tomádola en sus brazos. Su frágil silueta, su desvanecimiento, el espantoso peligro del que acababa de salvarla el gigante, todo, hacía estremecer los corazones. . . .

Con gritos y sollozos se exigía el perdón para ambos. . . . Nerón, indeciso, escuchaba entre los clamores, terribles imprecaciones.

—Ahenobarba! Matricida! Incendiario!

Y tuvo miedo; no mirando más que ceños frun-

cidos y rostros compasivos, hizo la señal de gracia.»

La muerte de Petronio, el amigo de Vinicio, el pagano impenitente, forma un contraste exquisito con este episodio del circo.

Cuando Petronio ve que está perdido y que Nerón, cansado de su ironía, ha decidido condenarle, se hace abrir las arterias, conservando esa elegancia que nunca le abandona y de la que fué árbitro. Antes de morir dirige á César una carta en la que se burla del mal poeta que es el *Imperator* y lee esa carta á sus amigos reunidos en su casa como para una fiesta.

«El salón huele á violeta; los globos de cristal de Alejandría filtran luces multicolores. Las cítaras suspiran á la sordina, mientras que voces alegres se elevan al unísono. Las bailarinas de Cos, dejan admirar sus formas sonrosadas entre la muselina de transparentes gasas.»

Petronio tiene junto á él á Eunicia, su hermosa vestiplexia. A una señal del poeta, un médico griego estrecha en un círculo de oro el brazo de aquél que va á encontrarse en los Campos Elíseos con el alma de Anacreonte y abre la arteria en el puño. La sangre brota é inunda á Eunicia que sostiene la cabeza de su amante. Ella se inclina hacia él.

«Señor, dice: ¿crees que iba á abandonarte? Si los dioses me ofrecieran la inmortalidad; si César me diese el imperio . . . te seguiría.»

Eunicia tiende al médico su brazo sonrosado y un instante después la sangre de los dos se confundía . . . Entonces Petronio ordena que la música vuelva á comenzar y las cítaras vibraron.

Cuando la última armonía se hubo apagado, se volvió hacia los invitados:

—Amigos míos, dijo: convenid en que con nosotros perece . . .

Pero no pudo concluir; en un supremo esfuerzo abrazó á Eunicia y su cabeza volvió á inclinarse.

Sin embargo, los invitados, ante esas dos formas blancas, semejantes á dos maravillosas estatuas, sintieron que se perdía la última herencia del mundo romano: su belleza y su poesía.»

Estas citas justifican elocuentemente el triunfo de *Quo Vadis*, y mejor que un comentario harán comprender por qué puede decirse que Sienkiewicz es un pintor y un poeta.

Después de su estancia en América, Sienkiewicz se ha convertido en un gran viajero; en 1891, estuvo en África; escribió de este viaje deliciosas páginas sobre Zanzíbar y el Egipto. Con frecuencia va

á Italia, especialmente á Venecia, ciudad que ama tanto como Byron; á Roma, á Francia. Estaba en París en 1900 cuando tuvo el dolor de ver morir repentinamente á uno de sus amigos más fieles, Abakanowicz, cuya casa habitó en el parque de Saint-Maur y en Bretaña en la quinta de Ploumanac'h . . . había pasado días felices, encontrando placer en vivir en un país del que tan bien conoce la lengua y apreciando todo el interés que Francia puede ofrecer á un artista.

Pero Sienkiewicz gusta, sobre todo, de la soledad; en París, como en Varsovia ó en Zakopane, huye de los impertinentes, se contenta con la sociedad de algunos íntimos y de sus dos hijos, que son, desde su viudez, un recuerdo bien caro de una felicidad pronto perdida.

Siempre trabaja. En 1900 publicó los *Caballeros Cruzados*, especie de prólogo para la gran trilogía histórica que principia en *Por el hierro y por el fuego* y termina en *Messire Wolodyjowski*. Sienkiewicz traza en ese libro las luchas de los polacos contra la orden teutónica, en la segunda mitad del siglo XIV. Esta nueva epopeya termina con una descripción de la batalla de Grünwald, que fué una brillante victoria y libertó para siempre á la Polonia de las invasiones de los caballeros cruzados.

En una pequeña composición titulada *Leyenda Marítima*, Sienkiewicz sintetiza el significado de su obra:

«*La Púrpura* no temía ni las olas ni los más terribles huracanes. El buque navegaba hacia el infinito con los trapos al sol, y la tripulación se entregaba á la orgía . . . Una mañana ase escuchó este grito terrible: «*La Púrpura* se va á pique.» Y los marineros desentumecidos quisieron luchar contra los elementos; pero las olas son más fuertes que los hombres.

«Algunas voces decían: «Estáis ciegos! Lo que se necesita, no es disparar cañonazos contra la tormenta, sino carenar el buque. Bajad á la cala y trabajad . . . Aún no ha muerto *La Púrpura*.»

Al oír estas palabras, un estremecimiento sacudió á aquellos desesperados . . . y trabajaron desde la mañana hasta la noche, retando en un supremo esfuerzo su inercia y su ceguera . . . y *La Púrpura* se salvó . . .!»

Y el primer verso del himno nacional os viene á la memoria:

Aún no ha muerto la Polonia . . .

CASIMIRO STRYENSKI.

Trad. de Revista Moderna.

## NOCTURNO.

---

Cuando estoy en mi lecho, y afuera  
Siento pasos de gente que cruza:  
¿De quién son esos pasos, me digo,  
Cuando suena en la torre la una?

Si es un padre que busca un alivio  
Para el hijo postrado en la cuna,  
Que despierte, Señor, ese niño  
Sonriendo sin fiebre ni angustia;

Si es un hombre que vuelve jugando  
De su esposa infeliz la fortuna,  
Haz que ablanden su pecho de roca  
De sus hijos las lágrimas puras;

Si es la joven que vuelve del baile  
Sofocada de danza y mazurka,  
Que los aires no hieran su pecho  
Y la tos no la arroje á la tumba;

Si es un pobre ó tal vez mi enemigo  
En demanda de pan ó de ayuda,  
Dile al punto que toque á mi puerta  
Y á mi pecho que olvide la injuria;

Si es malvado que en pos de venganza  
En la sombra su víctima busca,  
Que camine hasta el fin de los siglos  
Sin hallar á su víctima nunca;

Pero si es un amante que vuela  
De la reja á la cita nocturna,  
Ilumina, Señor, esa frente  
Con un rayo de amor y de luna.

MANUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

---

## ¿ EN QUÉ PENSARÉ ?

---

¿En qué pensaré cuando me halle á punto de morir, si es que estoy aún en estado de pensar?

¿Pensaré en mi mal aprovechada vida, que pasé como en un sueño, adormecido, sin saber paladear sus frutos? ¡Cómo! ¿Es ya la muerte? ¿Tan pronto? ¡Imposible! ¡Aún no he tenido tiempo de hacer nada! ¡Sólo que ya me disponía á hacer algo!

¿Recordaré mi pasado? ¿Fijaré mi pensamiento en los breves instantes riosos que tuve en la vida, en las fisonomías é imágenes para mi caras?

O bien ¿volverán á trazarse en mi memoria mis malas acciones é invadirá mi alma la ardorosa angustia de un remordimiento tardío? ¿Pensaré en lo

que espera más allá de la tumba y si me espera en efecto cosa alguna?

No.... Paréceme que trataré de no pensar, que me esforzaré por idear alguna pequeñez para distraer la atención de las amenazadoras tinieblas que se ennegrecen ante mí.

En mi presencia cierto moribundo no cesaba de condolerse porque no le querían dar avellanas tostadas. Y sólo allá, en lo más recóndito de sus ojos ya sin lustre, mientras tartamudeaba sus quejas, bregaba y se estremecía un no sé qué, como el ala rota de un pájaro mortalmente herido.

IVAN TURGUENEF.

---

## EL PERRO MUERTO.

Jesús llegó una tarde á las puertas de una Villa é hizo adelantarse á sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vió en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención.

Era un perro muerto, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarle por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura, se había ofrecido á los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo junto á la carroña, miraban con asco.

—Esto emponzoña el aire, dijo uno de los presentes, tapándose la nariz.

—Cuánto tiempo aún, dijo otro, este animal putrefacto estorbará la vía.

—Mirad su piel, dijo un tercero, no hay un trozo en ella que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias.

—Y sus orejas, exclamó un cuarto, asquerosas y llenas de sangre.

—Habrá sido ahorcado por ladrón, añadió otro. Jesús les escuchó, y echando una mirada de compasión sobre el animal inmundo:

—Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas!—dijo.

Entonces, el pueblo admirado, volvióse hacia él, exclamando:

—¿Quién es éste? ¿Será Jesús Nazareth? El sólo podía encontrarse alguna cosa de qué condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!...

Y cada uno, avergonzado, siguió su camino, inclinando la cabeza delante del Hijo de Dios.

LEÓN TOLSTOI.

## "LAWN TENNIS."

Una francesa, queriendo explicar su carácter, ha escrito lo siguiente: «Nunca me visto para un baile sin saber por quién voy allá.»—Las mujeres americanas, por el contrario, parecen vestidas con el objeto de aparecer bellas, porque son mujeres «hermosas y sanas,» como su raza, y en aquel momento ninguna piensa en el *flirting*, absorbidas como están en seguir el juego, en que cada recién llegado se interesa inmediatamente al igual de otros. Aleccionadas por cursos de cultura física, comprenden el atletismo en donde quiera que lo encuentran, con la misma semi-profesional inteligencia que en un asalto de esgrima un espadachín mide con una mirada la agilidad de los combatientes y su juego.

En cierto momento, uno de los jóvenes jugadores que acaba de herir la bola, llama á un asistente para que le limpie la suela de su zapato de caucho, llena de lodo. Durante esa plebeya operación, el joven logra asumir una postura tan gallarda, que oígo á una muchacha exclamar: «¡Oh, cuánto

desearía que ganase! ¡Es tan buen mozo! Ingenua exclamación en que se revela la profunda admiración de la mujer americana por la belleza física, considerada al modo pagano. Va tan lejos esta admiración, que uno de los más celebrados atletas de los Estados Unidos, reúne en su palco, después de la representación en que ha tomado parte, á las mujeres de la mejor sociedad, y con el torso desnudo, les da una disertación sobre su cuerpo, una conferencia sobre musculatura. La fotografía de ese torso, realmente muscular, como aquel del Museo del Vaticano que las manos del viejo Miguel Angel acariciaban, se vende en todas las tiendas, y más de una de esas bellas espectadoras de *lawn tennis* posee una de ellas en su sala. «Hay gentes que consideran esto indecente,» decía una de las mencionadas damas, mostrándome ese singular documento de su independencia de ideas. «Yo no lo creo,» añadía ella. «Esto es griego; he ahí todo.»

PAUL BOURGET.

## A NUESTRO DIRECTOR.

El alto, el noble amigo nuestro, que ha puesto todo su genio y todo su corazón en la "Revista Moderna," sufre en estos momentos un nuevo, un hondo dolor por la muerte de su hermano, el Sr. D. José Valenzuela.

Lo acompañamos en su duelo, siempre amantes, siempre fieles.

LOS REDACTORES.